EDITORIAL

SI SABÉIS DISCERNIR EL ASPECTO DE LA TIERRA Y DEL CIELO, ¿CÓMO ES QUE NO SABÉIS DISCERNIR EL TIEMPO PRESENTE? (Lc 12,56)

No hace muchos días, al leer el texto del evangelio de san Lucas al que corresponde la presente cita, quedé pensativo por unos instantes y me asediaron multitud de preguntas. Todas iban dirigidas al deseo de responder a este porqué del Señor que nos planteaba tan directamente a todos los que asistíamos a la celebración de la Eucaristía. Quizás lo determinaban también algunas historias recientes que nos habían acaecido en conversaciones con dos jóvenes que interrogaban en esta misma dirección, ¿por qué la Iglesia no sintoniza ni da respuesta a los jóvenes de hoy, que queremos encontrar el sentido de nuestra vida en el compromiso cristiano y vemos que se nos remite a formas ya tan pasadas que nos suenan como expresiones dignas pero anacrónicas?

Y me hacía de nuevo la consideración interior: ¡Cómo nos cuesta discernir el tiempo presente! ¡Qué dados somos a vivir cómodos, montados sobre la ley! En la teoría y en nuestra predicación hablamos de que la Ley no es la vida, de que las leyes son meros indicadores de camino a seguir o a evitar. Sin embargo, nosotros las convertimos en suelo sobre el que pisamos o techo que soportamos y así la ley de Dios se siente como pesadas cargas que, como han dejado de cumplir su

función de señalar el camino hacia Dios, han perdido su sentido y su función. ¿De dónde la manía de convertir la esencia, la vida en meras fórmulas de un tiempo para ese tiempo? La ley de la sincronía (que puede tener que ver bastante con sintonía, al menos en el caso que nos ocupa) nos invita a precisar los lenguajes: oral, escrito y simbólico a las 'entendederas' de las gentes de ese tiempo. Si un castellano del siglo XV viniera hasta nosotros con su preciosa lengua, que está muy emparentada con la nuestra, apenas lo entenderíamos. Esto no restaría, en manera alguna, esplendor y belleza a esa forma histórica de nuestra lengua, y gozamos comparando sus expresiones, su fonética y su semántica con la actual, viendo identidades y divergencias que nos sorprenden; de lo que estamos seguros es de que ésta ya no lleva en sí eficacia comunicativa.

De manera similar ocurre con los medios de comunicar el mensaje de Jesús hoy (en la liturgia, en la predicación, en la enseñanza de la palabra): tenemos fórmulas tan contrastadas que no nos preocupamos de ver si siguen cumpliendo la función comunicativa para las que fueron acuñadas y gastamos palabras y palabras y empleamos signos que necesitan demasiada explicación como para llevar en ellos la comunicación ágil del mensaje. A veces el único valor que conservan es el fonético, porque su enjundia semántica ya no alimenta el entendimiento y la comprensión de nadie.

Hasta dónde debería llegar esta actualización de lenguajes es cosa que escapa a nuestro conocimiento, pero que ha de ser muy profunda no nos cabe ninguna duda. Profunda y contextualizada –no todas las sociedades se rigen por los mismos códigos interpretativos, pese a la aldea global–. Es gozoso que exista unidad de signos en la Iglesia pero ¿de todos los signos? Durante siglos el latín nos sirvió de vehículo de unificación de la liturgia, en momentos, incluso de expansión del mensaje evangélico. Y no hay que dudar de la belleza y la expresividad de esa rica lengua, a la que profesamos respeto y a la que hemos dedicado muchas horas de estudio. Lo que no podemos es empeñarnos en que sea el instrumento más eficaz de comunicación de “la buena noticia de salvación”, al menos hoy. Con tristeza vemos que hay grupos que así lo consideran.

Todo esto: el hacer de los esquemas (orales, simbólicos, lingüísticos...), de lo que puede sonar a puesta en escena, lo esencial del men-

saje es, en cierto sentido, fetichizar la fe cristiana y reducirla a signos mágicos que la hacen proclive a la manipulación. No nos puede extrañar, en este caso que la religiosidad 'a la carta', 'el do ut des', un sincretismo vacío y contradictorio, tengan éxito hoy entre grupos cada vez más numerosos de personas. Cada uno puede elegir los fetiches (los signos) que le venga en gana, que le apetezcan. Como se trata de eso... ¡Qué importa llevar al cuello un cruz y junto a ella un símbolo islámico o judío! (más dioses, más protección). "Si uno piensa que se comporta como un hombre religioso y no solo no refrena su lengua, sino que conserva pervertido su corazón, su religiosidad es falsa" (Sant 1,26); "Hijos míos, no amemos de palabra ni con la boca, sino con hechos y de verdad" (1 Jn 3,18); "En el amor no hay lugar al temor. Al contrario, el amor perfecto echa fuera el temor, porque el temor supone castigo, y el que teme no ha logrado la perfección en el amor" (1 Jn 4,18). En los tres textos aducidos se nos indica el camino a seguir en la identificación con el Padre misericordioso, con el Hijo comprensivo y acompañante en nuestro camino de hombres, se ha hecho hombre, y en la apertura a la fuerza del Espíritu, que es la perpetuación en la historia de ese amor de Dios.

Y aquí se juega, no la simple adhesión a doctrinas y el cumplimiento de leyes, sino la transformación total de la persona humana desde el mismo núcleo del ser. No es cuestión de presumir de religiosidad, sino de tener el corazón rectamente orientado. No son las muchas palabras las que salvan y construyen el reino, sino mostrar el amor de Dios con hechos y de verdad, en todos los aspectos de nuestra vida: económico, social, político; en todas nuestras relaciones. Es tan fácil caer en las trampas de la sociedad de las 'oportunidades' y del 'consumo', entrar en su juegos (no siempre limpios) de negocio e inversión, de dejar poco espacio a la pobreza y a depender de la providencia, en ella creemos demasiado poco. Y no se trata tampoco de cruzarse de manos y dejar todo en la acción de Dios, bien sabemos que nosotros somos sus manos, sus pies, su boca. Por eso hemos de despojarnos para que se vea 'que esa fuerza tan extraordinario procede de Dios y no de nosotros' (2 Cor 4,7). Sin duda que el tercer texto nos invita a que no vivamos en el temor, sino en el amor: 'el que teme no ha logrado la perfección del amor'.

La Iglesia de Cristo, la Iglesia para Cristo

Todos, desde un indudable deseo de fidelidad, hablamos de la 'verdadera Iglesia de Cristo' y a ella queremos servir. No está mal que usemos esa estructura posesiva 'de', al referirnos a la Iglesia, pero sugerimos que sería más dinámico en el hoy que vivimos emplear ese 'para' que abre un horizonte de actualización. En todo momento de la historia la Iglesia se refiere a Cristo, ese Cristo que quiso tener el rostro del hombre, de cada hombre en cada tiempo y quiere presentarse hoy como ese rostro que da identidad a las personas que caminan ahora por la historia. El Cristo que se hace hombre en Belén en un momento de la historia no quiere ser un Cristo que ha pasado a la historia, sino el que hace con nosotros nuestra propia historia, el que es siempre actualidad, el que, simultáneamente a su aparición en los libros historia, aparece en los 'periódicos de cada época'. Sus lugares no son sólo los de aquel rincón de Galilea, Judea o Samaria, son todos aquellos en los que se encuentra el hombre con sus gozos y tristezas, con sus proyectos y sus fracasos, con sus ilusiones y sus frustraciones, con todo lo que ser persona humana conlleva, y en la actitud siempre misericordiosa de quien no condena, sino perdona "–Mujer, ¿nadie te ha condenado? La mujer contestó: –Nadie, Señor. Jesús añadió: –Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más" (Jn 8,10-11).

Ésta es la Iglesia de Cristo, pero más aún la Iglesia para Cristo: la de los pecadores, ofrecidos como luz de perdón, la de aquellos que se sienten pequeños y a los que el Padre en Jesús hace grandes, la Iglesia de futuro, que va roturando entre dificultades y aciertos ese horizonte nuevo. La Iglesia que habla palabras de salvación y no de condena, que entiende al mundo de hoy, y arroja su luz evangelizadora sobre este mundo, pero sobre todo, la Iglesia que sabe escuchar: en primer lugar escuchar los signos de este tiempo, mediante los cuales la Palabra se hace actual, esos signos que llevan a distinguir los gritos de la necesidad de este primer mundo, de nuestro 'satisfecho' primer mundo y busca los medios para comunicarse.

La iglesia para Cristo no se puede detener en un momento de la historia porque: 'He aquí que hago nuevas todas las cosas... Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, le daré a beber gratis de la fuente del agua de la vida. El vencedor recibirá esta heren-

cia, pues yo seré su Dios y él será mi hijo' (Ap 21,5-6). Ese hacer nuevas todas las cosas no puede ser de aquel periodo en el que se escribe el Apocalipsis. Es necesario traducirlo con la dinamicidad que implica un 'he aquí que estoy haciendo nuevas en cada momento todas las cosas', 'sacar lo nuevo y lo viejo' para que el cristiano, la Iglesia de hoy, no pierda el sentido de la rica herencia recibida, mas nunca suponga parón en su obligación de caminar en la historia, tal como el mensaje de Jesús de Nazaret exige. Si el evangelio es una llamada y un camino de esperanza, y esperanza dice relación al futuro desde el presente, no entendemos que sean considerados fieles a la Iglesia aquellos que sólo miran desde el presente al pasado; nos parece que más que fidelidad hay miedo al riesgo de dejarse guiar por el Padre en Cristo, Señor de la historia.

Fiar, confiar, temer, amar

¿Qué significa fiarse de Dios? ¿Que Dios responda según mis neuronas? ¿Que las cosas me salgan como yo he proyectado? Eso es más bien pedir que Dios tenga confianza en nosotros. Los santos nos han mostrado otro camino: fiar y confiar suponía caminar con la sola seguridad de la presencia de Dios en la vida, y eso aun en medio de noches oscuras, de contradicción y momentos de peligro, de signos que parecían decir lo contrario de lo que querían decir, a veces incluso de persecución de parte de aquellos que deberían haber apoyado. En ocasiones han llevado a cabo la misión en contra de sus propias convicciones, que han sido transformadas por la luz de Dios y han respondido así no a sus deseos, sino al proyecto que Dios tenía para la Iglesia a través de su persona.

Confiar en Dios les ha llevado a no andar agobiados por el qué comerán o qué beberán (a veces tenían poco que comer y beber y, sorprendentemente, sus fuerzas parecían no menguar). Como el Poverello de Asís recuperar esa forma nueva de mirar que transforma el mundo, porque antes ha sido transformado en su percepción interior. No podemos ser mensajeros de evangelio, buena y nueva noticia, con el corazón cargado de sombras y malos presagios, si no creemos que Dios puede transformar también al hombre de nuestro tiempo, si no anida en nosotros el optimismo, que no es insensatez ilusoria, sino que

proviene de que esa obra 'tan extraordinaria, es de Dios y no de nosotros'. Nos cuesta ser servidores de escucha y comunicación. Necesitamos más tiempo de oración para escuchar y de preparación para comunicar. La palabra no es nuestra, somos sus siervos, como 'una voz que clama en el desierto'. Pero la palabra 'es eficaz..., no volverá a mí sin haber antes fecundado la tierra'. ¡Que esta Palabra tantas veces oída no sea sonido sin significado!, ¡que sepamos dárselo desde la convicción profunda que nace de vivirla en nosotros!, ¡que nos abra a recuperar la mirada que Dios presta al evangelizador! Una mirada que supera el temor y se instala en el saber estar amando: la mirada de amor lleva en sí ternura, comprensión, cercanía y una gran capacidad de recuperar a las personas que caminan en el vacío o el dolor, en la lejanía o en el odio, en la angustia o en la desorientación. La mirada de amor recrea a la persona en su más profunda realidad. Desde la confianza que se le da, porque Dios confía en ella, desde el ponerse a caminar a su lado, ayudando a que de nuevo sea adulto para el Señor, a que pueda caminar sola.

¿Qué ha sido de los signos? ¿Qué signos necesitamos?

Para todo este proceso son necesarios signos. En otro tiempo eran abundantes y sugerentes del camino. Hoy es posible que aquellos signos hayan perdido su fuerza comunicativa; y no podemos eliminarlos sin más, hemos de transformarlos en aquellos otros que son significativos hoy. Emplear signos 'mudos' lleva a la perplejidad a aquellos que los perciben y a preguntarse ¿qué es esto?, invitándoles poco a seguir tras una señal que nada les dice. Por eso hemos de preguntarnos (y no marcharnos como Pilatos tras la pregunta) ¿qué signos necesitamos? Y esperar la respuesta a través del hablar del Señor en los acontecimientos, en las situaciones, en las necesidades que el momento histórico grita muchas veces con fuerza, y no sabemos distinguirla porque tenemos el dial sintonizado en otra frecuencia, la de nuestra seguridad.

Jesús emplea los símbolos que entienden los hombres de su país, sacándolos desde ellos al encuentro de realidades que no podían descubrir por sí propios. Desde los fácilmente captable, les conduce al descubrimiento del misterio de Dios y, aunque les sorprende que Dios sea Padre, que el reino no se configure de la manera que ellos piensan,

que el amor y el perdón sean sin medida. Van entendiendo, mediante las parábolas, que el reino es como la semilla de mostaza, que su extensión se hace desde dentro y desde la sencillez, que el poder de Dios, nada tiene que ver con el que buscan los hombres... Necesitamos de esos signos que sean atrayentes, sencillamente atrayentes, que vayan al corazón del hombre y le hagan entender de nuevo el mensaje de amor y salvación que es la 'buena noticia'. Las personas de hoy necesitan que se les transmita la vida, no filosofías unitarias, o fragmentadas. No teorías, puestas para la elucubración y, sin duda apasionantes y necesarias, pero carentes de la frescura de una palabra que se dirige directamente a la construcción de la vida. Nos queda pedir a Dios que acertemos a encontrar esos signos. Sólo Él lo puede hacer.

Dejar que sea Dios quien construya la Iglesia de este siglo... por medio de nosotros

Por esta razón es urgente que le dejemos actuar, ser sus instrumentos, que se haga presente su voluntad por medio de nosotros, que no pongamos impedimentos. El sentido de la escucha interior se debe agudizar, la valentía para abandonar nuestras trincheras no admite demora. Hemos de esforzarnos por leer los signos de este tiempo. No me cabe duda de que Dios nos está hablando con claridad y nos empeñamos en hacer una lectura interesada de sus signos, pero ¿interesada en qué? ¿Puede existir otro interés que no sea cumplir la misión de evangelizar? El siglo, el milenio recién comenzado, son de Dios. Él es padre de todos. Necesita obreros que vayan a trabajar, empapados de su palabra, rezumando presencia misericordiosa, dóciles al cambio. Reiteramos nuestra convicción de que aquel que no quiere caminar es, sin pretenderlo, infiel a la tarea que DIOS le encomienda... ¡Ojalá que Él nos ayude a entender los signos que con tanta fuerza están gritando qué quiere Dios de su Iglesia, de sus ministros, de sus laicos y religiosos en este momento concreto del devenir del hombre!